

¿QUE QUIEREN LAS MUJERES? UN MANIFIESTO FEMINISTA CONSERVADOR*

Katherine Kersten**

En el presente artículo la autora se propone trazar los elementos centrales de un ideario feminista “conservador”, inspirado en los principios de justicia, igualdad y libertad de la civilización occidental y en los del feminismo clásico, en respuesta a planteamientos y actitudes que tienden hoy a prevalecer en una parte importante de las organizaciones feministas en los EE. UU.

A partir de postulados tales como que el principio rector de la vida social lo constituye la opresión de las mujeres por parte de los hombres, muchas líderes feministas —señala la autora— aparecen propiciando conductas, actitudes y políticas que acarrearán males aún peores que aquellos que se busca remediar, confinan a la mujer a una condición de permanente víctima y desvían la atención sobre los problemas que afligen verdaderamente a las mujeres. Frente a los excesos y desviaciones que se observan en diversos movimientos feministas, Katherine Kersten ofrece un testimonio personal y una proposición feminista alternativa. Sobre la base de la promoción de valores fundamentales de la cultura occidental, se busca dar cuenta de las preocupaciones de las mujeres en las esferas pública y privada y abordar sus problemas más urgentes de manera informada y decidida.

* Traducido y reproducido con la debida autorización del número de primavera (1991) de *Policy Review*, publicación insignia de la Fundación Heritage, 214 Massachusetts Ave., N.E., Washington DC 20002.

** M. A. en Ciencias Administrativas, Universidad de Yale. J. D., Escuela de Derecho de la Universidad de Minnesota. Abogada. Miembro del Directorio del Institute on Religion and Democracy (Washington, D. C.) y Tesorera del Center of the American Experiment en Minneapolis.

¿Soy feminista? Al igual que muchas mujeres norteamericanas, por años no he sabido bien cómo contestar. Lo dicho puede parecer extraño, pues, como profesional, guardo una deuda incalculable para con aquellos que batallaron por abrir a las mujeres las urnas electorales, las universidades y las salas de directorio. Estimo que hombres y mujeres son recíprocamente iguales y que ambos sexos deben tener libertad para desarrollar su potencial, sin limitaciones derivadas de ideas preconcebidas acerca de sus capacidades. Por experiencia personal, sé, además, que para alcanzar el éxito en muchas de sus actividades, las mujeres enfrentan mayores obstáculos que los hombres.

Con todo, a pesar de estas convicciones, veo que tengo muy poco en común con la mayoría de las mujeres que conozco que se autodenominan feministas. Reducido a lo esencial, su feminismo más parece resentimiento disfrazado de filosofía; un pretexto para culpar a los demás de los fracasos propios; el convencimiento errado de que la ira constituye la reacción correcta ante una sociedad que, por muchos esfuerzos que haga, parece incapaz de disponer las cosas de modo que a todos “les toque algo”. Algunas veces siento una abierta antipatía hacia aquellas organizaciones femeninas que alegan tener un conocimiento íntimo de mis “intereses” y “perspectivas”, y que dicen hablar por mí en la arena pública. Estas organizaciones, al parecer, están mal preparadas para promover la felicidad de las mujeres, porque con demasiada frecuencia sus dirigentes no parecen comprender ni respetar a la mayoría de las mujeres norteamericanas.

La deuda con Occidente

Lo que me aparta de la mayoría de las feministas contemporáneas es que más que ira ante las injusticias que se cometieron con las mujeres en el pasado, siento gratitud hacia el sistema social y político que ha hecho posible introducir reformas extremadamente necesarias. Creo que las mujeres norteamericanas van a pagar un alto precio si permiten que las feministas que no sienten esa gratitud se arroguen la autoridad moral del patrimonio feminista y se apropien del derecho a fijar el programa femenino.

En consecuencia, propongo una alternativa al feminismo de los departamentos de estudios femeninos y de los grupos de presión de “interés público”. Yo visualizo un feminismo conscientemente “conservador”, inspirado en lo mejor de nuestra tradición, capaz de abordar las preocupaciones

de las mujeres tanto en la esfera pública como en la privada. Este feminismo se basa en tres premisas: primera, que debe haber normas uniformes de igualdad y justicia, válidas por igual para ambos sexos; segunda, que las mujeres han sufrido históricamente injusticias y siguen padeciéndolas hoy; y tercera, que los problemas que afectan a las mujeres se pueden abordar mejor a partir de los ideales e instituciones de la cultura occidental, y no repudiándolos.

La experiencia de una vida entera —mis estudios, mis choques con la discriminación y el asedio sexual, mi trabajo como banquera y abogada, y mi carrera como esposa y madre— me ha convencido de que las mujeres necesitan un marco filosófico que les ayude a elegir juiciosamente en su búsqueda de la felicidad. Pienso que una síntesis de principios conservadores y feministas es lo que puede sostener e inspirar con mayor eficacia a las mujeres de la era *superwoman*.

Hija de Platón

De niña recibí mensajes contradictorios respecto de lo que debía esperar de la vida como mujer. Mi madre y mi abuela fueron mujeres fuertes, confiadas en sí mismas, valientes. Me estimularon a fijarme las metas más altas y a sentir infinitas posibilidades.

Sin embargo, ya en la infancia pude advertir que ciertos cargos escolares como, por ejemplo, en sexta preparatoria, la prestigiosa función de guarda del cruce de calzadas frente al colegio, me estaban vedados simplemente por mi sexo. Descubrí que con frecuencia a las profesoras se les pagaba menos que a los profesores y me devanaba pensando por qué a mi abuela, tan sabia y dotada, se le consideró incompetente para votar cuando cumplió la mayoría de edad en 1915. Acaso las diferencias fisiológicas de hombres y mujeres, me preguntaba yo, justificaban un trato político, económico y social marcadamente distinto. ¿Acaso la justicia y la igualdad debían significar cosas diferentes para hombres y mujeres?

La primera vez que tuve ocasión de investigar estas cuestiones fue como estudiante en la Universidad de Notre Dame, donde ingresé el primer año que se admitió a mujeres. Durante tres años estudié allí a los “grandes autores” y comencé a adquirir las herramientas necesarias para pensar seriamente acerca de la justicia y la buena vida. Las obras de Sófocles, Platón, Dante, Shakespeare, Galileo, Locke, Mill, Kant y Tolstoi inspiraron en mí una honda estimación por la tradición intelectual y cultural de Occidente, y

por la lenta marcha hacia la democracia constitucional, que es su logro máspreciado.

Por cierto, leí y disfruté las obras de escritoras como Jane Austen, George Eliot y Virginia Woolf, pero sus escritos no me parecieron ni más accesibles ni más relevantes que los de los grandes pensadores varones con quienes me estaba familiarizando simultáneamente. Del mismo modo, si bien disfrutaba con mis compañeras y profesoras, no sentía con ellas mayor afinidad ni una comunicación más fácil que con sus contrapartes varones, tanto más numerosos. De hecho, me parecía evidente que a los seres humanos, fueran filósofos o estudiantes de primer año, había que juzgarlos por sus méritos individuales y no encasillarlos de acuerdo con características externas superficiales.

Dios y las mujeres en Yale

En Yale, sin embargo, donde obtuve un grado de master, descubrí que la comunión intelectual con mujeres podía ser particularmente fascinante. De ello me percaté en una fiesta que las estudiantes de uno de los internados de Yale dieron en honor de las profesoras de la universidad. Muchas de las reuniones de mujeres a las que había asistido hasta entonces habían sido tertulias para tomar café o despedidas de soltera, donde la conversación solía ser más bien prosaica. Pero ese día, en Yale, me encontré rodeada de mujeres biólogas, politólogas y lingüistas, todas intercambiando animadamente información acerca de sus respectivas disciplinas. La experiencia fue regocijante, no porque mis compañeras manifestaran perspectivas singularmente “femeninas”, sino porque expresaban, de una manera que me enorgulleció, el conjunto de realizaciones que las mujeres pueden alcanzar cuando tienen libertad para desarrollar sus talentos.

En mi calidad de miembro de la primera generación de mujeres “liberadas”, estaba deseosa de trepar la escalera profesional después de mi graduación. Cifrabas grandes esperanzas en mi carrera: desafío intelectual, emoción y la sensación de poder y de logros alcanzados. La realidad resultó muy diferente. Trabajé primero en un gran banco de Chicago, después en una universidad de las Diez Grandes. En ambos puestos me sentí desilusionada, no por un trato injusto sino por actividades que pronto me parecieron rutinarias y faltas de interés. Ahora gozaba de dinero y de categoría, pero no podía deshacerme de la sospecha persistente de que, en cierta forma, no estaba consiguiendo lo que era realmente importante en mi vida. Con el

transcurso del tiempo comencé a anhelar un marido y una familia, pero descubrí que no podía hablar con nadie —hombres o mujeres— ni de matrimonio ni de hijos, y pretender que se me siguiera tomando en serio como profesional.

Orgullo y prejuicio

Si bien como estudiante y como profesional me sentía en general igual a mis contrapartes varones, en varias ocasiones tuve dificultades debido a mi sexo. Durante mis años de universidad, por ejemplo, un profesor a quien fui a consultar por un trabajo escrito me encerró con llave en su oficina y sin ambages me propuso una visita a su dormitorio. Cuando me negué, desconcertada, insinuó que yo era frígida y me advirtió que si reprimía mis deseos ahora me encontraría trabajando en la calle más adelante. Este profesor era muy influyente en mi carrera académica; por fortuna no optó por castigarme a causa de mi rechazo.

Aun más traumático fue un incidente que tuvo lugar después que dejé mi segundo puesto para matricularme en la escuela de derecho. Terminado el primer año, trabajé durante el verano en una gran firma de abogados. El primer día, el abogado que iba a ser mi mentor me sugirió que no trabajara con uno de los socios, a quien no le gustaban las mujeres más altas que él. Si tenía que tratar con ese hombre, me aconsejó mi mentor, debía sentarme siempre que estuviera en su presencia.

Obtuve excelentes evaluaciones en la firma, aunque debí trabajar con el socio sobre quien me habían advertido. Al término del verano mi mentor me aseguró que podría ingresar a la firma como miembro asociado, tiempo completo. Poco después me llamó el socio de la firma encargado de las contrataciones y me comunicó que después de todo no iban a ofrecerme un puesto permanente. Mi desempeño había sido más que satisfactorio, me aseguró en confianza. Lamentablemente, algunos socios me habían encontrado demasiado segura de mí misma y avasalladora. El rechazo me dejó anonadada y por un momento pensé en una demanda judicial, pero me pareció que esto ocuparía demasiado tiempo y sería agotador. Resuelta a no dejar que este traspíe destruyera mi felicidad, seguí buscando hasta encontrar trabajo en otra firma, donde se estimaba que las mujeres “seguras de sí mismas” eran una ventaja.

Mi curiosidad sobre el feminismo, que comenzó en Yale, aumentó durante mis años de ejercicio profesional. Luego del final desalentador de

mi trabajo de verano, decidí asistir a una jornada feminista que se anunciaba con el título de “Espíritu de mujer.” Aunque esperé ganar discernimiento y compañerismo, sentí una gran desilusión. El ánimo de la reunión era impresionantemente antiintelectual y me vi obligada a elegir entre una plétora de talleres sobre temas como “escuchar la voz interior” y “encarar la ira.” Nuestra ineludible “hermandad” biológica se presentaba a las participantes como el hecho más importante de nuestra vida, y la jornada terminó con un poema rabioso de una mujer que nos instaba a “encender hogueras de tampones usados” frente a diversos bastiones de poder masculino.

Al acercarse el término de mis estudios de derecho, me sentía próxima a la realización en mi vida tanto personal como profesional. En mi segundo año conocí al hombre que habría de ser mi marido y después de la graduación nos preparamos con entusiasmo para conjugar las responsabilidades familiares con las profesionales. Cuando di a luz nuestro primer hijo, encontramos una persona que lo cuidara en su casa durante el día y yo volví a trabajar confiada en que nuestro hijo no perdería nada de importancia por estar principalmente al cuidado de ella y no mío.

Me desengañé muy pronto. Mi marido y yo descubrimos, por una casualidad, que nuestra cuidadora tenía un trabajo nocturno de tiempo completo; que con frecuencia encerraba a los niños en sus cunas mientras ella dormía durante el día, y que los dejaba jugar sin vigilancia mientras atendía sus quehaceres fuera del departamento. A pesar de una búsqueda frenética, no logré encontrar otras cuidadoras que me satisficieran. Las salas-cunas que visité me dejaron apesadumbrada al ver las hileras de cunas asépticas y el personal indiferente. Con otro niño por nacer dentro de un mes y con sentimientos encontrados, dejé la firma de abogados y me convertí en mamá de tiempo completo.

La labor de una madre

El cuidado de nuestros hijos (tuvimos cuatro en cinco años) me ha parecido la tarea más exigente y estimulante de mi vida. Con todo, he sentido también la frustración y el aislamiento que con frecuencia rodean al padre o madre de tiempo completo. Me costó mucho abandonar mi identidad profesional y convencerme de que era socia igualitaria de la familia, aun cuando ya no hacía una contribución financiera. El día que resolví renunciar a mi trabajo, llegó a mi casa una encuestadora. Cuando me preguntó mi ocupación, titubeé. Esta es la prueba verdadera, pensé. No pude

pronunciar las palabras “dueña de casa” y me derrumbé. “Soy abogada”, dije bruscamente.

Hoy siento que he conseguido en mi vida un equilibrio difícil de conseguir, fruto de ensayos y errores, con partidas y detenciones bruscas. Mi mayor satisfacción se deriva de criar a mis hijos, vocación que me parece que se subestima enormemente, tanto en términos del desafío intelectual que supone y la vastedad de sus exigencias.

Me siguen asombrando la paciencia, la imaginación, la empatía, la capacidad para enseñar e inspirar, y el fino sentido moral que se necesitan para formar el carácter de seres humanos jóvenes y vulnerables. Pongo mucho empeño cada día en inculcar en mis hijos los valores y el sentido comunitario que de niña le dio sentido a mi vida, y estoy convencida de que aun cuando se pueden encontrar buenas cuidadoras, muy pocas de ellas, y desde luego ninguna sala-cuna, puede comenzar siquiera a reproducir el cariño, la atención y la orientación moral que puede entregar un padre o una madre.

Horizontes sin límites

Fuente de satisfacción, casi tan importante como la que son mis hijos, es el papel que mi condición de madre de tiempo completo me ha permitido desempeñar en la vida pública. Paradójicamente, hoy participo en una gama mucho más amplia de actividades que cuando era una profesional soltera que llevaba una existencia “liberada” y sin trabas. En esos años mi vida estaba dedicada, en buena parte, a esfuerzos egocéntricos por ganarme la vida, divertirme, hacer amistades y encontrar un compañero. Sólo cuando nacieron mis hijos me percaté de la importancia vital que tiene servir a la comunidad que ellos han de heredar y conservarla.

Sé que si mi marido y yo ejerciéramos como abogados de día y lucháramos por mantener un hogar de noche, nos quedaría tiempo para muy poco más. En realidad, al asumir papeles diferentes, pero sobrepuestos, he podido participar intensamente en una diversidad de proyectos importantes y desafiantes. Me he sumergido en materias educacionales y hago de todo, desde leer en el colegio de mis hijos, a participar en comités sobre currículum con el propósito de tratar de influir en las tendencias educacionales a nivel estadual y nacional. He dedicado esfuerzos importantes a asuntos de orden público, escribiendo, dictando conferencias, participando en debates y organizando grupos comunitarios interesados en asuntos de

política interna y externa. He leído libros que incitan a pensar, he recolectado para la Marcha de los Centavos, he llevado a los niños a conciertos y clases de natación, he escrito editoriales para el periódico local y, en general, he disfrutado de una existencia mucho más estimulante y realizada que en ninguna otra época de mi vida.

No “lo tengo todo” hoy y sé que nunca lo tendré. Tal vez nunca llegue a ser presidente del colegio de abogados de mi estado ni socia de una firma de abogados, con altos ingresos. Pero soy feliz y espero con entusiasmo el futuro. Estoy conforme con las concesiones realizadas y las compensaciones obtenidas, y acepto el hecho de que los deseos humanos, por naturaleza ilimitados, nunca pueden quedar enteramente satisfechos en un mundo imperfecto. Nadie lo tiene todo, según lo veo hoy, y sin embargo muchos encuentran la felicidad.

La tradición conservadora contiene una visión de la naturaleza humana, y de la justicia y la igualdad, que ofrece un punto de partida útil para las mujeres que buscan la realización en un mundo de limitaciones. La tradición del feminismo clásico da un paso más allá y enseña a las mujeres que sus horizontes deben ser tan ilimitados como los de los hombres.

Los principios fundantes del feminismo

En la raíz de la fundación estadounidense está el concepto de una naturaleza humana universal, que hace que las personas, en todas partes, sean más iguales que diferentes. Esta humanidad común confiere a todos los seres humanos ciertos derechos naturales e inalienables. Además, permite que personas de lugares y épocas muy distintos hablen de manera inteligible entre sí sobre cuestiones de justicia y virtud, del bien y el mal, y enriquezcan su entendimiento mutuamente, pese a los miles de millas o los miles de años que los separan.

No obstante, la naturaleza humana, tan noble en ciertos sentidos, es limitada en su potencial, como nos lo recuerdan pensadores desde James Madison a Thomas Sowell. La limitan la pasión y el propio interés, su capacidad finita de reunir y procesar información, y su incapacidad de alcanzar sus metas más elevadas sin provocar una multitud de consecuencias impensadas. A causa de dichas limitaciones y de la acción humana sobre un mundo natural en el que reinan la enfermedad, las catástrofes y la escasez de recursos, el sufrimiento y la falta de equidad son endémicos de la condición humana.

La justicia y la igualdad perfectas están, pues, fuera del alcance de toda sociedad humana, presente o futura. No obstante, la justicia y la igualdad, en cuanto “principios morales”, deben animar siempre las normas, instituciones y políticas de una sociedad que aspire a ser buena. Como lo ha señalado el filósofo político Charles Kesler, los conservadores se distinguen de los ideólogos, tanto de izquierda como de derecha, por asignar a la “prudencia” un papel central a la hora de juzgar la mejor manera de asegurar y honrar estos principios en la práctica.

A medida que se han desarrollado las ideas occidentales, y específicamente las conservadoras, acerca de la justicia y la igualdad, ha surgido como corolario una línea de pensamiento. Se trata de la tradición del feminismo clásico, que deriva su inspiración de la creencia occidental en una naturaleza humana universal que confiere derechos inalienables a todos los que la comparten. El feminismo clásico sostiene que, como hombres y mujeres participan igualmente de esta naturaleza, la aplicación de normas iguales de justicia e igualdad para ambos sexos es un imperativo moral.

“Que todo camino quede abierto”

Los norteamericanos contemporáneos tienden a olvidar los obstáculos formidables con que tropezaron los primeros intentos de reforma del feminismo clásico, y el costo que tuvieron sus triunfos, que hoy se dan por sentados. Porque históricamente la tradición occidental, si bien más benéfica respecto de las mujeres que otras tradiciones culturales importantes, ha restringido severamente las funciones sociales, intelectuales y políticas abiertas a las mujeres. Todavía en el siglo XIX, a las mujeres estadounidenses no se les permitía tener títulos de propiedad, instalar negocios, actuar de jurados, atestiguar ante un tribunal, ni desafiar la autoridad del marido.

A lo largo de la historia, por cierto, el ascenso de las mujeres ha tropezado con numerosas barreras naturales. Hasta el advenimiento de la Revolución Industrial y del capitalismo democrático, en todas partes hombres y mujeres vivían existencias duras, restringidas, de trabajos pesados y penurias. Las oportunidades de las mujeres se han visto limitadas, además, por el carácter absorbente de su papel reproductor, sobre el cual, hasta ahora último, han tenido escaso control.

No obstante, durante siglos una multitud de barreras artificiales —legales, religiosas y educacionales— han colaborado a que las mujeres estuviesen imposibilitadas de realizar su potencial humano en formas que estaban

abiertas a sus contrapartes varones. En Occidente y en otros lugares se han justificado a menudo estas restricciones con el argumento de que la “naturaleza femenina” hace que las mujeres sean emotivas, volubles, ilógicas y limitadas en sus intereses y aptitudes.

La misión del feminismo clásico ha sido la de revelar y desacreditar la idea de que la biología es el sino de las mujeres. Las pensadoras feministas clásicas han reconocido, en general, que los hombres y las mujeres son distintos en varios aspectos y que estas diferencias, además de constituir una fuente de placer, han demostrado contribuir a la supervivencia de nuestra especie. Pero las feministas clásicas han insistido en que las diferencias biológicas no tienen importancia alguna en la mayoría de las actividades. La feminista Margaret Fuller lo expresó con elocuencia en 1844 cuando escribió:

“Lo que la mujer necesita es como naturaleza crecer, como intelecto discernir y como alma vivir libremente. Queremos que todo camino esté abierto para la Mujer así como para el Hombre”.

Excesos del feminismo contemporáneo

El feminismo clásico representa, en palabras de Cynthia Ozick, una visión de “la aspiración y la justicia convertidas en universales, de la especie humana ampliada a humanidad”. Hoy, sin embargo, muchas dirigentes feministas repudian el concepto de una naturaleza humana universal. De hecho, como observa la filósofa Christina Sommers, en su mayoría las intelectuales feministas contemporáneas ven en la naturaleza humana “un mito inventado por los hombres para oprimir a las mujeres”.

A las feministas contemporáneas casi no les queda otra alternativa que rechazar el concepto de naturaleza humana, pues éste plantea una amenaza fatal para los anhelos utópicos que yacen en el corazón de “su” visión feminista. Si bien ésta adquiere distintas formas, tiende a descansar en dos premisas: primera, que la opresión de las mujeres por los hombres constituye el principio rector de la vida social humana; y segunda, que las instituciones sociales patriarcales son todo lo que separa a las mujeres de un mundo auténticamente justo e igualitario.

Las feministas que repudian la noción tradicional de la naturaleza humana han procurado reemplazarla con uno u otro de dos conceptos mutuamente discordantes, con lo que han sumido al feminismo en la esquizofrenia intelectual que lo invade en la actualidad. Un bando, el de las

“mujeres chauvinistas”, insiste en que hombres y mujeres tienen naturalezas radicalmente “diferentes”, derivadas de su sexo. Estas feministas tienden a pensar que los hombres son por naturaleza analíticos, “logocéntricos” y obsesionados por el poder y la dominación, en tanto que las mujeres son por naturaleza intuitivas, concretas, pacíficas y “afirmadoras de la vida”. Las chauvinistas femeninas, por supuesto, estiman que la naturaleza femenina es superior a la masculina. Piensan que dado que los dos sexos carecen de una naturaleza común, tienen maneras fundamentalmente diferentes de experimentar el mundo y que les resulta difícil, cuando no imposible, entender recíprocamente sus perspectivas.

En cambio, las feministas de la escuela “unisex” insisten en que hombres y mujeres son en esencia “idénticos”. Esto no quiere decir que comparten una naturaleza común; por el contrario, significa que no tienen naturaleza alguna discernible, pues son seres infinitamente plásticos y maleables. Las feministas unisex tienden a atribuir todas las diferencias de comportamiento, preferencias y papel social entre hombres y mujeres, a discriminación de parte de los varones patriarcales o bien a una falsa conciencia de parte de mujeres ilusas. Insistiendo, como el politólogo Richard Rorty, que la “socialización comienza a temprana edad”, estas feministas sostienen que si bien los hombres son opresores hoy, a través de la reeducación se podrá conseguir finalmente que ambos sexos lleguen a querer las mismas cosas y a comportarse de la misma manera.

El cultivo de la ira y la autocompasión

Al rechazar la naturaleza humana, las feministas contemporáneas se libran de la molesta noción de que los seres humanos son inherentemente imperfectos y, por tanto, incapaces de crear una sociedad auténticamente justa e igualitaria. Una vez que se retiran de la ecuación los defectos humanos, la primera responsabilidad del fracaso en la evolución de una sociedad cabalmente justa aparece recayendo en las instituciones sociales injustas. Muchas intelectuales feministas abogan incluso por la completa reestructuración de las instituciones centrales de nuestra vida diaria. Estiman que los hombres crearon estas instituciones para oprimir y explotar a las mujeres y a otros grupos de víctimas como, por ejemplo, la “gente de color”.

Las instituciones sociales que reciben el peso de la ira feminista son las de la cultura occidental. Aquella cultura, a los ojos de muchas feministas, es el producto, irremisiblemente corrompido, de varones heterosexuales,

blancos, muertos y, en tal calidad, es el motor principal del sexismo en el mundo de hoy. Los ataques feministas a la cultura occidental van desde el intento de cambiar la orientación tradicional de las universidades, centradas en “estudios para hombres blancos” —de los que se dice que contienen escaso interés o pertinencia para las mujeres— a iniciativas para reemplazar la familia nuclear y el matrimonio heterosexual como piedras angulares de la organización social. Lo irónico es que las feministas tienden a olvidar que Occidente, y sólo Occidente, ha desarrollado las normas de justicia, igualdad y autonomía individual según las cuales ellas miden su propia sociedad y dicen encontrarla totalmente defectuosa.

Está claro que en la visión del mundo de muchas intelectuales feministas queda poco espacio para la virtud de la prudencia. Para ellas, la justicia y la igualdad, en cuanto principios morales, aparecen como una farsa, salvo que también constituyan prácticas universales. Las mujeres deben cultivar la rabia y la autocompasión, según estas feministas, para llegar a una conciencia liberadora y “habilitante” de la verdadera magnitud de su propia degradación. Sabiendo esto, pueden comenzar a dejar caer las cargas que el patriarcado les impone.

En la medida en que el feminismo contemporáneo abandona su verdadera misión para concentrarse en la opresión y el ensimismamiento, va creando males sociales más destructivos que aquellos que busca remediar. Al dar origen a expectativas que nunca se podrán cumplir, condena a las mujeres a la desesperación y las confina a una permanente calidad de víctimas. El feminismo de esta índole nubla el criterio de las mujeres. Las deja incapacitadas para distinguir entre necesidades y deseos, entre injusticias reales e irritaciones benignas. Engañadas, creen que son dueñas de un conocimiento nuevo y profundo, porque, al contrario de sus hermanas menos ilustradas, ahora ven, en los incidentes más triviales de la vida cotidiana, un motivo para enfurecerse. Lo más triste de todo es que este feminismo priva a las mujeres de la felicidad que tienen a su alcance, porque oscurece sus verdaderos orígenes.

Las mujeres norteamericanas necesitan el conservantismo, con su sentido de las limitaciones fundamentales de la naturaleza humana y del valor de la tradición occidental, para atemperar los serios excesos que amenazan al feminismo contemporáneo. Pero necesitan el feminismo, en su forma clásica, para extraer del conservantismo lo mejor. Puesto que parte de la premisa de que el mundo es imperfecto, el conservantismo corre el riesgo de concluir erróneamente que no podemos o no necesitamos luchar por hacer del mundo un lugar más justo.

El conservantismo, cuando vacila en su compromiso activo con las ideas de justicia e igualdad, cae con demasiada facilidad en una defensa irreflexiva del *statu quo* y en una comprensión estrecha e interesada de los dictados de la prudencia. El feminismo ofrece un contrapeso al afirmar que cuando la justicia y la equidad peligran debemos procurar reformas, con audacia además de prudencia. En la esfera pública, el feminismo conservador pretende ayudar a que las mujeres juzguen “cuándo” es conveniente el cambio y “cuál” cambio conviene, y reconozcan las condiciones en las que es probable que el cambio produzca, sin quererlo, consecuencias que empeoran las cosas en lugar de mejorarlas. A nivel personal, el feminismo conservador procura ayudar a las mujeres a elegir aquello que hará que sus vidas sean más fructíferas y realizadas.

Nuestros deberes, nuestras personas

El feminismo conservador sostiene que hay dos componentes esenciales de la felicidad, tanto para mujeres como para hombres. Los seres humanos encuentran la felicidad en el cumplimiento de obligaciones para con la familia, los conciudadanos y aquella empresa humana más extensa que llamamos civilización. Pero también tienen una necesidad profunda de ampliar esos horizontes personales mediante la aplicación de sus energías en cualquier sentido que sus intereses, talentos y sed de aventura les señalen.

A diferencia de numerosas feministas contemporáneas, la feminista conservadora no estima que las obligaciones para con los demás sean cargas, sino “deberes” cuyo cumplimiento la convierte en un ser moral. Su concentración en los deberes no significa que esté engañada o esclavizada, ni que niegue sus propias necesidades e intereses por complacer a los demás, como lo han hecho por fuerza las mujeres en el pasado. Al contrario, la feminista conservadora sabe que es imposible forjarse una identidad fuera del contexto social. Entiende que la red de conexiones con los demás es la que produce un sentido de propósito y un espacio de acción moral, al crear un rol significativo en una empresa que es mayor que su propia existencia finita.

En su vida personal, la feminista conservadora se guía por el precepto de que los seres humanos siempre deben ser tratados como fines, y no como medios. Ve el sexo como algo realizador cuando va acompañado de amor y entrega mutuos. En consecuencia, su ideal es el compromiso de por vida con un hombre en un matrimonio de iguales, y considera que la

promesa de fidelidad a su cónyuge es liberadora y no limitante. En tal sentido, encuentra inspiración en aquella máxima de G.K. Chesterton de que “la libertad por la cual uno debe preocuparse más es la libertad para comprometerse”.

Si la feminista conservadora se convierte en madre, acepta la necesidad de hacer una multitud de sacrificios, personales, profesionales y financieros, por el bien de sus hijos. Espera que su cónyuge se sacrifique también y decide, junto con él, en qué forma cada uno de ellos puede contribuir mejor al bienestar familiar. Piensa que los papeles familiares son flexibles; los hombres, por ejemplo, pueden ocuparse de los niños mientras las mujeres pueden ejercer una profesión de tiempo completo. Pero cuando ella y su marido toman sus decisiones relativas a las responsabilidades familiares, hay algo que dan por sentado: que su primer deber es asegurar el bienestar físico y emocional de los hijos, promover su desarrollo intelectual y formar su carácter moral.

La feminista conservadora ve en el papel tanto más ampliado de la paternidad uno de los legados más valiosos del feminismo clásico, pero no se extraña de que las mujeres opten por dedicarse a sus hijos con más frecuencia que los hombres. Intuye que muchas mujeres “prefieren” pasar tiempo en casa con los niños, especialmente cuando éstos son muy pequeños. Comparte esta opinión una feminista de la talla de Simone de Beauvoir, quien se oponía a permitir que las mujeres se quedaran en casa a criar a sus hijos, porque “si existe la opción, demasiadas mujeres optarán por ello”. Pero la feminista conservadora, al contrario de la Beauvoir, ve en el vínculo especial de la maternidad no una prueba de opresión sino un motivo de acción de gracias.

Hombría virtuosa

La feminista conservadora piensa que las mujeres deben ser fuertes, sabias y autosuficientes, y así enseña a sus hijas; pero estima que estas cualidades tienen la misma importancia para los hombres, aunque teme que muchos hombres, ante el papel ampliado de la mujer en la sociedad, han reaccionado retirándose a la irresponsabilidad y al hedonismo. En su opinión, los hombres que quedan marginados y que son animados a comportarse con egoísmo plantean un peligro enorme para la sociedad, en tanto que los hombres que se dedican al bien común constituyen un recurso público

invaluable. Por esta razón, y porque desea que sus hijos alcancen lo mejor de sí, ella pone ante sus hijos un ideal de hombría.

El ideal de la hombría que tiene la feminista conservadora tiene poco en común con el machismo ciego que invade hoy la cultura popular. Ella no tiene tiempo para Rambo con sus compatriotas fríos, cínicos y jactanciosos. En cambio, les enseña a sus hijos que si bien la fuerza es buena, los fuertes tienen una responsabilidad especial de ayudar y proteger a los débiles y menos afortunados. Les explica la importancia de conducirse con honor en toda circunstancia, alcanzar el dominio de sí mismos, y cultivar la moderación.

La feminista conservadora no desea que sus hijos crezcan creyendo que, porque son hombres, son culpables de la opresión de las mujeres. Tampoco quiere que finjan ser más “preocupados” que los demás, en un intento vergonzoso de impresionar a las mujeres que los condenan por el hecho de ser hombres. La verdadera hombría, les advierte ella, significa aceptar su responsabilidad por los demás y considerar que el bienestar de los otros debe ser una preocupación central de sus vidas. Significa desarrollar la capacidad de juicio, el valor, la honestidad, la generosidad, la determinación, el espíritu público y la abnegación en pro de un bien mayor.

La feminista conservadora sabe que sus hijos no van a encontrar en *Miami Vice* héroes que representen estas cualidades. Por eso se preocupa de darles a conocer las grandes figuras de la literatura y de la historia, las que tradicionalmente han servido de modelo para la formación del carácter. Personajes literarios como el rey David, Eneas, el rey Arturo, Rolando, Enrique V, de Shakespeare; Ivanhoe y los protagonistas de Robert Louis Stevenson, junto con figuras históricas como George Washington, Abraham Lincoln, Frederick Douglass, Winston Churchill, y los protagonistas de *Profiles in Courage*, de John F. Kennedy, representan un ideal muy necesario de hombría virtuosa para jóvenes que, de otro modo, tendrían que conformarse con Harry el Sucio.

Deberes para con la comunidad y la tradición

La feminista conservadora sabe que su propio bien y el de su familia son inseparables del bien de la comunidad más extensa. Piensa que tiene el deber de impulsar el bien público fortaleciendo las instituciones que pro-

mueven los valores comunes y dando forma a la idea que su comunidad tiene de la justicia y la igualdad.

La feminista conservadora se empeña en darse tiempo para las organizaciones de voluntariado —como la Iglesia o la Sinagoga, los centros de padres y apoderados, los clubes de servicio— que proporcionan el adhesivo social de su comunidad y mejoran su calidad de vida. Si hay limitaciones relacionadas con el trabajo que le impidan contribuir directamente a la construcción de la comunidad, dedica un esfuerzo especial a reconocer y apoyar a quienes sí entregan generosamente su tiempo. A sus ojos, los hombres y mujeres que trabajan voluntariamente para promover el bien común merecen el mismo respeto, por lo menos, que los hombres y mujeres que reciben una remuneración en dinero por su trabajo.

Además, la feminista conservadora procura desarrollar una comprensión prudente de las formas en que la justicia y la igualdad, en cuanto principios morales, se pueden realizar mejor dentro de su propia sociedad. En busca de orientación, se dirige a la tradición cultural occidental, con su legado de instituciones democráticas y derechos civiles. Igual como el filósofo Alasdair MacIntyre, ve la tradición occidental como “un ‘argumento’ extendido en la historia e incorporado en la sociedad”, acerca del bien y el mal, y sobre la naturaleza de la buena vida. Piensa que antes de poder contribuir a esta argumentación debe estudiar las grandes ideas y fuerzas sociales que han dando forma al patrimonio occidental. Al aprender de las lecciones que brinda la historia, espera desarrollar una capacidad de juicio que esclarezca, como lo diría MacIntyre, “las posibilidades futuras que el pasado occidental ha puesto a disposición del presente occidental”.

En pos de la felicidad

Durante siglos las mujeres han cumplido deberes para con la familia y la comunidad, y han encontrado en ello satisfacción. Pero en la búsqueda de la felicidad hay algo más que el cumplimiento de deberes. Excluidas históricamente de campos enteros de actividad humana, las mujeres han visto limitadas enormemente las dimensiones en las cuales han podido buscar y encontrar su realización personal en la vida. Hasta hace poco las mujeres no podían educarse con amplitud, expresarse en términos políticos ni artísticos, ni vivir independientes de la autoridad del padre o del marido, ni ejercer la mayoría de las vocaciones que se practicaban fuera del hogar.

La feminista conservadora se regocija con los logros de las mujeres más dotadas de su época: Jackie Joyner-Kersey, Barbara Tuchman, Sally Ride, Leontyne Price, Margaret Thatcher, la ganadora del Premio Nobel de Ciencias Barbara McClintock, la novelista y académica Margaret Drabble. Procura asegurar que las mujeres tengan la oportunidad de participar en “todos” los aspectos de la empresa humana, puedan desarrollar sus talentos, perseguir sus intereses hasta su conclusión natural, buscar la aventura, plantear y responder las grandes preguntas y elegir entre una multitud de funciones sociales.

Derechos iguales, males comparables

Tal como otras feministas, la feminista conservadora ve la promoción de la justicia y la igualdad como una meta principal de orden público. Sin embargo, entiende estos principios de manera muy distinta a la mayoría de las feministas contemporáneas. En particular, la feminista conservadora tiende a considerar que los “individuos” tienen derechos a la justicia y a la igualdad, en tanto que otras feministas tienden a percibir que son “grupos” los que tienen dichos derechos.

La feminista conservadora entiende la justicia en términos universales: estima que su esencia radica en el trato equitativo para “todos” los ciudadanos. La justicia exige que las mujeres tengan igualdad de acceso al empleo, a la educación, a la vivienda y al crédito, y ahora, gracias a las leyes sobre derechos civiles de los años sesenta y setenta, tales derechos están asegurados. Pero la feminista conservadora piensa que es manifiestamente injusto promulgar leyes que crean para las mujeres un estado de privilegio o que pretenden remediar los males que sufrieron las mujeres en el pasado perjudicando o imponiendo desventajas a los hombres.

Camino de la tiranía

La feminista conservadora también comprende la igualdad en términos universales. Mientras hombres y mujeres se rijan por las mismas reglas y se les juzgue según las mismas normas, está satisfecha de que exista la igualdad de sexos. Al contrario de la mayoría de las feministas contemporáneas, no se precipita a concluir que la igualdad exige que los resultados de todo proceso social sean idénticos para hombres y mujeres, vistos en forma

colectiva. De hecho, piensa que las tentativas de imponer ciertos resultados de grupo (por ejemplo, exigir que cierto porcentaje de los contratistas del gobierno o de los profesores de un colegio sean mujeres) ponen, inevitablemente, grandes limitaciones a la libertad personal de acción. Es más, la feminista conservadora sostiene, como Friedrich von Hayek, que las iniciativas tendientes a igualar los resultados “económicos” suelen producir, en términos de poder “político”, desigualdades más grandes y más peligrosas entre los grupos contendores. Ella sospecha, como Hayek, que la meta de combinar la libertad individual con la igualdad de resultado grupal es inalcanzable y representa un riesgoso primer paso en el camino a la tiranía.

En resumen, en tanto buena parte de las feministas contemporáneas propician políticas que maximizan la equivalencia de condiciones entre grupos, la feminista conservadora defiende políticas que maximizan la libertad individual: la libertad de cada ciudadano, hombre o mujer, para luchar por la excelencia personal y recibir una recompensa por ello. Su compromiso con la libertad individual determina su posición frente a muchas de las políticas públicas más caras al corazón de las feministas contemporáneas, entre ellas la Acción Afirmativa, así como aquellas relativas al “valor comparable” y a la discriminación y asedio sexual.

No es de extrañar que la feminista conservadora se oponga a la Acción Afirmativa y a las cuotas de grupo como vehículo para remediar la discriminación pasada e imponer la igualdad de condiciones. Apoya los programas de “ayuda especial”, por ejemplo, aquellos que preparan a las mujeres para carreras tradicionalmente masculinas, como la ingeniería y las ciencias exactas. No obstante, insiste en que los puestos y cargos se asignen únicamente por méritos. No tiene tiempo para aquellos que tratan de blanquear las cuotas apelando a la “inclusividad” o la “diversidad.” Si bien la auténtica diversidad, la de intereses, de temperamento, experiencia, orientación política y antecedentes sociales, muchas veces puede ser una ventaja, la feminista conservadora encuentra escaso valor en la mera diversidad de sexo.

El mercado liberador

La feminista conservadora piensa que las mujeres se encuentran mucho mejor con nuestro sistema actual de pago regulado por el mercado que con un sistema basado en la idea del “valor comparable.” En nuestro sistema actual, los salarios fluctúan según las fuerzas de la demanda y

oferta en el mercado. En un sistema regido por el “valor comparable”, sin embargo, los salarios los fija una burocracia que pretende trazar paralelos entre ocupaciones tradicionalmente masculinas y tradicionalmente femeninas, con el fin de cerciorarse de que los salarios que se paguen en cada grupo sean en esencia iguales.

Desde el punto de vista de la feminista conservadora, abandonar las ventajas del mercado y acercarse a una economía planificada sería un serio error para las mujeres. La feminista conservadora sabe que el capitalismo y el mercado, con su dinamismo, flexibilidad y apetito por la innovación, se cuentan entre las herramientas más poderosas que tienen las mujeres en su búsqueda de la autonomía y la prosperidad. El capitalismo, al fin y al cabo, sacó a las mujeres de la granja y de la casa. Produjo las máquinas de escribir y los telares, con lo cual los servicios de las mujeres se hicieron indispensables para el crecimiento económico. Al crear una verdadera explosión de nuevas técnicas y oportunidades, el sistema capitalista lanzó los primeros pasos tentativos de las mujeres hacia la igualdad social y la independencia económica.

Como lo pueden atestiguar los norteamericanos tradicionalmente marginados, como los judíos y asiáticos, la “destrucción creativa” del capitalismo es uno de los grandes niveladores de la historia. Al recompensar “lo que funciona” y no “como se ha hecho siempre”, el capitalismo va minando los antiguos prejuicios y estereotipos restrictivos. Las mujeres del Tercer Mundo, privadas de los beneficios del mercado, han encontrado escasos medios para escapar del papel rígido que las ha limitado durante milenios, y si bien es cierto que las economías planificadas del bloque oriental nacieron, como el valor comparable, por razones igualitarias, no han logrado traer verdadera igualdad ni prosperidad a nadie, menos aún a las mujeres.

Necesidad de las demandas de acción-de-clase

La feminista conservadora cree que las mujeres que han sido víctimas de la discriminación sexual —las que se han visto privadas de ciertas responsabilidades en el trabajo, por ejemplo, o postergadas en el ascenso— deben tener acceso a los tribunales para alcanzar justicia. Pero mira con escepticismo las demandas de acción-de-clase que fundan sus reclamos de discriminación solamente en disparidades estadísticas respecto de la cantidad de hombres y mujeres que desempeñan ciertos cargos o perciben ciertos ingresos.

Las demandas por discriminación de acción-de-clase preocupan a la feminista conservadora porque ella desconfía de las premisas subyacentes. Estas demandas suponen que la “paridad” sexual o representación equivalente de los sexos en todas las ocupaciones y niveles de ingreso es un elemento fundamental de la justicia social. Suponen, además, que las diferencias estadísticas entre hombres y mujeres en relación a cargos e ingresos pueden tener un solo origen: la discriminación del empleador. Y suponen que los hombres y mujeres que conforman la fuerza laboral son, en cierto sentido, autómatas intercambiables, y no individuos que toman decisiones y cuyas opciones vocacionales reflejan el deseo de maximizar su propia felicidad.

La feminista conservadora sabe que, en general, las “disparidades” en el trabajo tienen explicaciones complejas. Muchas proceden, no de la discriminación, sino de las decisiones que adoptan hombres y mujeres de acuerdo con sus preferencias personales. Por ejemplo, muchas mujeres optan por sacrificar el ingreso, postergar el desarrollo profesional o trabajar tiempo parcial para dedicar más tiempo a su familia. Esto no le quita el sueño a la feminista conservadora, tampoco se desvela de noche porque las mujeres que trabajan en cuidar niños son más numerosas que las que trabajan en la construcción o conducen camiones. Su regla cardinal es que las mujeres deben ser libres de elegir la ocupación que les parezca; pero no insiste en que sus opciones se adecuen a una noción estadística de “paridad.”

Insensibilidad endurecida

La feminista conservadora cree que las mujeres que experimentan el asedio sexual, en cuanto a reiteradas e indeseadas proposiciones sexuales en el trabajo, deben disponer de recursos legales. Pero condena con energía el movimiento actual —presente especialmente en las universidades— que busca ampliar la definición de asedio sexual como parte de una campaña por imponer ideas “políticas correctas”. En muchas universidades, los comentarios que una mujer podría interpretar como “ofensivos”, “hostiles” o tan sólo “insensibles” para su sexo, hoy se prohíben y castigan. Por ejemplo, en la Universidad de Minnesota, donde yo asistí a la escuela de derecho, el manual relativo al asedio prohíbe la “insensibilidad endurecida ante la experiencia de las mujeres”, y advierte que “el asedio sexual puede ser tan descarado como la violación o tan sutil como una mirada”. No es de extra-

ñar que se recurra a políticas como éstas en circunstancias que no tienen ningún matiz sexual, sino que constituyen simplemente incidentes irritantes o molestos para las mujeres.

La tendencia de las feministas contemporáneas a usar con ligereza el concepto de asedio sexual preocupa a la feminista conservadora por varios motivos. Alienta a las mujeres a abandonar la responsabilidad que tienen de defender sus ideas y actos, y las exhorta a culpar de todo desafío intelectual, de todo desengaño, de todo momento difícil, a la opresión o mala voluntad de los hombres. Institucionaliza la visión de la mujer como víctima eterna, como creatura inerte, infeliz, incapaz de resistir los avatares de la vida en sociedad si no cuenta con una coraza legal especial que proteja sus sentimientos. Esto contamina la vida universitaria con un clima generalizado de sospecha y hostilidad de grupo. E, irónicamente, trivializa el sufrimiento de aquellas mujeres que enfrentan un auténtico asedio sexual.

El programa de la feminista conservadora

El programa político y social de la feminista conservadora difiere notablemente del de la mayoría de las feministas contemporáneas. No es de extrañar que piense que hay amenazas mucho más urgentes para el bienestar de la mujer promedio que el “techo de vidrio”, la composición predominantemente masculina de las compañías de bomberos, o la posibilidad de que los congresos estatales y no la Corte Suprema puedan algún día resolver asuntos relativos al aborto.

La mayor preocupación de la feminista conservadora son las condiciones sociales contemporáneas que ocasionan sufrimientos y padecimientos desproporcionados a las mujeres y que amenazan su capacidad de aprovechar oportunidades nuevas. Otras feministas también lamentan estas condiciones, y algunas incluso le roban tiempo, por decirlo así, a la recolección de fondos para la Liga de Acción por los Derechos Nacionales del Aborto. Lamentablemente, muchas feministas se ven impedidas de dedicarse con eficacia a las amenazas más fundamentales para el bienestar de las mujeres, debido a la hostilidad que sienten hacia los valores “burgueses” y hacia aquellas instituciones sociales que tienen significado para las mujeres comunes y corrientes.

Cuatro asuntos urgentes encabezan el programa de la feminista conservadora:

El crimen

La violación sexual y la violencia contra las mujeres constituyen, naturalmente, una preocupación principal del feminismo contemporáneo. Lo que la mayoría de las feministas pasa por alto es el efecto desproporcionado que otros crímenes tienen sobre las mujeres.

La movilidad de las mujeres y su sentido de seguridad se ven menoscabados más que los de los hombres por las elevadas tasas de criminalidad. Cuando yo vivía en Chicago, por ejemplo, solía salir pronto de la Opera Lírica, abriéndome paso a lo largo de filas de parejas indignadas. Parecía que los taxistas preferían como pasajeros a los hombres bien vestidos y yo temía que, a menos que saliera antes, me quedaría sola en la oscuridad: un excelente blanco para un asaltante o algo peor. Aun ahora, cuando mi marido está fuera de casa, reviso una y otra vez las cerraduras de puertas y ventanas de una manera que él nunca lo hace cuando yo paso el fin de semana afuera. No es sólo el temor a la violación lo que hace que las mujeres tomen esas precauciones. Es la impresión de que son más vulnerables a la agresión que los hombres y que los criminales con frecuencia atacan a quienes lo son más.

La frecuencia con que se cometen toda clase de crímenes debe ser un asunto de alta prioridad para las feministas contemporáneas. Sin embargo, muchas feministas son ambivalentes respecto del crimen y de los criminales. La tendencia a percibir la raíz de todos los males en las instituciones sociales, y no en las limitaciones humanas, las induce a ver a los criminales como "víctimas de la sociedad". Como ellas a su vez son víctimas, les parece difícil juzgar a otras víctimas o a tenerlas por responsables de sus actos. Además, la adhesión de las feministas contemporáneas a un relativismo moral torcido, que identifica en el sexismo y el racismo los archipecados de la historia del hombre, les hace difícil enfurecerse moralmente ante crímenes pedestres como los atentados contra la propiedad.

Degradación cultural

La cultura popular modela cada vez más los horizontes morales y culturales de los norteamericanos. Lo lamentable es que degrada rutinariamente a las mujeres y abusa de ellas en formas que hubieran suscitado airadas protestas en días menos liberados.

Por cierto que el cine y la televisión retratan la violencia contra los hombres con una regularidad espeluznante. Pero, como lo señaló últimamente Lorrie Moore, en el *New York Times*, ésta tiende a ser “la violencia de un soldado contra otro, la que normalmente se ejecuta con el rápido disparo de un fusil”. La violencia contra las mujeres, nota Moore, es “estética, festivamente prolongada, erotizada”. Como ilustración, se refiere a la popular serie *Twin Peaks*, que muestra “el asesinato y desmembramiento de mujeres como una especie de vandalismo caprichoso, como si asesinar a una mujer fuera equivalente a destrozar un Buick”.

Desde las letras que cantan grupos como 2 Live Crew hasta los desatinos de libros como *American Psycho*, el tema del sadismo erotizado, dirigido contra mujeres, se ha convertido en un rasgo extendido de la cultura norteamericana. Algunas organizaciones feministas han levantado la voz con valentía contra esta tendencia, pero muchas otras han guardado silencio, al menos en público. Pareciera que las paraliza el miedo a acusaciones de “censura”. Además, parecen resistirse a hacer causa común con fuerzas políticas que se les antojan antipáticas, como los cristianos “pro familia”. Confundidas por lealtades contradictorias, renuncian al liderazgo en un asunto que debería galvanizar a los norteamericanos a lo largo de todo el espectro político.

Sexo y destino

Relaciones sexuales sin compromiso

Un postulado fundamental del feminismo contemporáneo es el de que las mujeres deben transformarse en los “iguales sexuales” de los hombres, si es que han de ser sus iguales políticas y sociales. Las relaciones sexuales, insisten muchas feministas, no son más que un componente de un estilo de vida sano, autoafirmativo y, en tal calidad, para disfrutar de ellas no es preciso que haya un compromiso serio por parte de los participantes. Las feministas muchas veces explican las limitaciones tradicionales de la libertad sexual de las mujeres en términos unidimensionales, atribuyéndolas a los intentos masculinos por arrebatarles a las mujeres el control de las funciones reproductivas.

Está claro que las mujeres se han beneficiado notablemente con su autonomía sexual de nuevo cuño y con el reconocimiento, por parte de la sociedad, de que las mujeres, como los hombres, son seres sexuales. Pocas

querrían volver a los tiempos de Hester Prynne o de Tess, de D'Urbervilles. Pero las feministas se equivocan al afirmar que las relaciones sexuales sin compromiso no son más peligrosas para las mujeres que para los hombres. Sabemos hoy que las relaciones de este tipo han llevado a una epidemia de abortos, enfermedades venéreas e infertilidad femenina; a una multitud de niños indeseados y a un triste legado de educaciones y carreras de mujeres, no de hombres, truncadas.

Las más vulnerables a los peligros de las relaciones sexuales sin compromiso son las mujeres jóvenes y de clase baja. Son las menos capaces de percibir y proteger sus propios intereses cuando se "liberan" para acostarse con hombres que sólo quieren explotarlas. Pero las mujeres dueñas de sí y bien educadas también corren riesgo. Con frecuencia me asombra la cantidad de mujeres en esta situación que no saben decir "no", ni tomar precauciones, porque tienen miedo de enfurecer al hombre. Parece que estas mujeres fueran incapaces de formular normas que les permitan tener relaciones sexuales según sus propias condiciones y no las de su compañero.

A muchas feministas contemporáneas les cuesta reconocer y encarar el lado oscuro de la liberación sexual. Como un movimiento reflejo, tienden a rechazar todo lo que huele al antiguo "doble estándar". Con demasiada frecuencia, las feministas tienen poco que decirles a las jóvenes que buscan lo que la periodista Stephanie Guttman ha llamado "formas de decir no que sean socialmente aceptables". En vez de eso, claman por condones gratuitos, clínicas gratuitas y aborto a pedido, o promueven la "capacitación en sensibilidad a la cita-violación", que anima a las mujeres a ceder a los hombres la responsabilidad de decir no. Las medidas de esta índole no van a ayudar a las mujeres que intuyen que la relación sexual puede ser mucho más significativa que lo insinuado por los estrenos cinematográficos, pero que todavía no han aprendido que el amor y el compromiso constituyen los ingredientes esenciales.

La feminización de la pobreza

La ilegitimidad y el divorcio, y la pobreza que originan, arruinan la vida de las mujeres norteamericanas y sus hijos en una medida mucho más alarmante. Hoy un veinticinco por ciento de los niños estadounidenses nacen fuera del matrimonio y, como consecuencia, en su mayoría deben sufrir una vida de privaciones. El resultado de las investigaciones de la socióloga Lenore Weitzman respecto de los efectos económicos del divorcio ha pasado

a formar parte del folclor norteamericano: en el año siguiente al divorcio, los hombres experimentan, en promedio, un alza de un 42 por ciento en su nivel de vida, mientras las mujeres divorciadas y sus hijos sufren una merma de un 73 por ciento. Además, los niños cuyo padre está ausente del hogar tienen mayores probabilidades que los demás de caer en las drogas, exhibir un comportamiento violento y un desempeño educacional pobre. Con frecuencia las madres deben encarar solas la difícil lucha contra estos males.

Las feministas contemporáneas deploran la feminización de la pobreza, pero tienden a ver la respuesta únicamente en el aumento del gasto público, y no en estimular el comportamiento que podría estabilizar y fortalecer la familia tradicional. Al fin y al cabo, reconocer que el matrimonio es la mejor defensa de una mujer contra la pobreza y la desesperanza, o que las familias con ambos padres suelen ser mejores para los hijos que aquellas con uno solo de los padres, equivale a reconocer que las mujeres necesitan a los hombres más que los peces necesitan bicicletas. No obstante, a pesar de la renuencia de muchas feministas a hacerse cargo de este hecho, parece que 25 años de programas estatales fracasados son una prueba inequívoca para la mayoría de los observadores de que el Tío Sam no puede ocupar los zapatos de papá.

Soluciones privadas

La feminista conservadora sostiene que las mujeres han ganado en gran medida su batalla por la igualdad ante la ley. Esto no quiere decir que la discriminación y el asedio vayan a desaparecer pronto. Significa sí que las mujeres disponen ahora de las herramientas que necesitan para combatir estos tipos de injusticias y que quienes buscan en el gobierno soluciones más amplias corren el riesgo de crear otros problemas de mayor alcance. Es indispensable, no obstante, reformar las leyes que afectan la vida familiar. En especial, deben modificarse las leyes de divorcio y mantención de los hijos si las mujeres y sus hijos han de gozar de igualdad frente a los hombres.

Pero la feminista conservadora cuida de no cometer el error de buscar exclusivamente soluciones políticas a problemas de naturaleza esencialmente social y cultural. Ella considera que los cambios en la conducta individual son claves para reducir los males que confinan a una cantidad cada vez mayor de mujeres a una ciudadanía de segunda clase. Sabe, por supuesto, que aprobar leyes puede ser fácil, en tanto que influir en la

conducta es notoriamente difícil. Por ello, cuando comienza en casa y dentro de su comunidad inmediata, es eso precisamente lo que trata de hacer.

La feminista conservadora, al dirigirse a la juventud, procura definir la conducta responsable y formular argumentos de peso en su favor. Insta a las instituciones sociales: colegios, Iglesias y dirigentes comunitarios a unirse a esta iniciativa y a subrayar en todas sus actividades que el bienestar público depende de la virtud privada. Estima que el movimiento ambiental, que ha tenido un influjo enorme en los jóvenes, ofrece un modelo útil a este respecto. Porque ese movimiento comparte muchas de las premisas que la feminista conservadora desea promover: que la calidad de ciudadano implica responsabilidades, que los actos de cada persona afectan el bien del conjunto, que es mejor hacer lo que está bien que lo que es más cómodo, y que los actos descuidados de hoy pueden tener imprevistas consecuencias perniciosas más adelante.

La feminista conservadora también pretende influir, o al menos suavizar, los efectos nocivos de la cultura popular. Trata de que los padres tomen conciencia del hecho —advertido por filósofos desde Platón hasta Jane Addams— que la imaginación y las actitudes morales de la juventud son modeladas por las historias e imágenes de la cultura circundante, tanto como por las lecciones formales que se enseñan en los colegios. Los niños que pasan horas después de la escuela mirando cómo las estrellas de rock de MTC denigran a mujeres ligeras de ropa, están recibiendo, en cierto sentido, una “educación” sobre las expectativas de la sociedad respecto de las mujeres. La feminista conservadora hace saber a los ejecutivos del canal y a los avisadores lo que piensa de sus productos y da su apoyo a la acción concertada para convencerlos de que dichos productos no compensan.

La feminista conservadora procura incentivar el escrutinio público de las consecuencias que tienen las políticas feministas para la mujer norteamericana promedio. Deja en claro que las dirigentes feministas hacen daño cada vez que se burlan de la familia tradicional como el legado torpe de Ozzie y Harriet, así como cuando exigen la adopción de reglamentos sobre el asedio sexual al estilo de la Universidad de Beijing, o recargan el sistema judicial con otra demanda de acción-de-clase, mal concebida y costosa. Su propósito es convencer a las fundaciones privadas y organismos públicos de que es preciso reconsiderar los recursos que destinan al “*establishment*” femenino y cuestionar, asimismo, la retórica y las visiones del mundo en que se basa.

Si bien procura romper su cuasi monopolio en materia de políticas públicas, la feminista conservadora alienta a las organizaciones feministas a usar sus recursos e influencia política de manera que realmente beneficien a la mayoría de las mujeres. Si estas organizaciones se dedicaran a revertir la degradación de la mujer en la cultura popular, por ejemplo, podrían hacer mucho bien. Y si las demandas del público o de los estudiantes fueran lo bastante estridentes, los programas de estudios femeninos que hoy están firmemente en manos de feministas académicas podrían verse obligados a ampliar sus “estudios de la opresión” e incluir investigaciones útiles sobre asuntos relacionados con el sexo en el “mundo real”, como las causas y las consecuencias del divorcio y las realidades de equilibrar una familia y una profesión.

Arquitecto de su propia felicidad

Mientras realiza las tareas que se ha fijado, la feminista conservadora cultiva una visión intelectual muy distinta de la que tiene la mayoría de las feministas contemporáneas. La palabra “víctima” no sale fácilmente de su boca. Ve en la adversidad un componente inevitable de la vida humana, y no una aberración que la aflige a ella y a su sexo principalmente. Cuando los tiempos son duros, se empeña en hacerles frente con coraje, dignidad y buen humor, cualidades que a menudo escasean en el bando feminista. Y cuando sus propios defectos conducen al fracaso, resiste la tentación de echarle la culpa a un “sistema” hostil.

La feminista conservadora es arquitecto de su propia felicidad. Encuentra la felicidad en esforzarse por cumplir sus responsabilidades, cultivar la sabiduría, desarrollar sus talentos y perseguir la excelencia en todas sus actividades. Como el mundo es como es, ella sabe que a veces la excelencia encierra su propia recompensa. Pero por muy justo o muy frustrante que sea el comportamiento de los demás, ella se niega a buscar consuelo en una vida de ira y autocompasión, pues, como ella sabe, tales son los sellos de las débiles, no de las fuertes.

En el centro de la visión feminista conservadora está el concepto de una naturaleza humana universal. Como piensa que hombres y mujeres comparten esta naturaleza por igual, rechaza la visión que tiene de la vida la feminista contemporánea, en el sentido de que constituye una lucha por el poder en la que “grupos de interés” se disputan la delantera sin contemplaciones. La feminista conservadora sabe que es posible identificar intereses

“humanos” trascendentes capaces de mediar entre las reclamaciones contrapuestas de los sexos y, así, iluminar un bien auténtico.

En todo lo que hace, la palabra clave de la feminista conservadora es “equilibrio”. En su vida privada trata de lograr un equilibrio entre sus obligaciones para con los demás y la búsqueda de la realización personal. En su vida pública, intenta promover la justicia y la igualdad, pero también salvaguardar la libertad individual. Su resuelta posición a favor de la reforma es temperado por su respeto a los valores e instituciones fundamentales de la sociedad, los cuales representan la sabiduría colectiva de generaciones que persiguieron la buena vida con tanto ahínco como ella. Prudente en sus expectativas, infatigable en su búsqueda del conocimiento, procura explorar —y promover— las condiciones necesarias para la felicidad humana. □